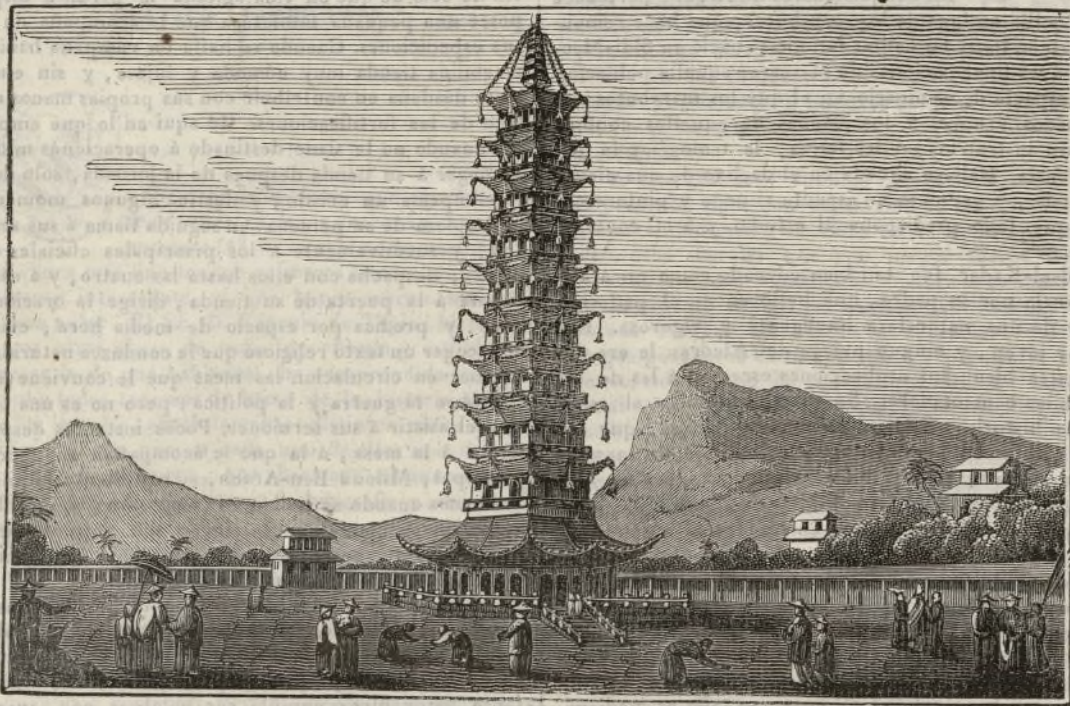


VIAGES.—LA CHINA.



(La torre de porcelana de Nanking.)



ESTA magnífica torre se halla situada en el centro de Nanking, segunda ciudad de la China: se compone de nueve cuerpos todos de igual construcción, el último de los cuales se halla á tal elevación que hay que subir para llegar á él 184 escalones de dimensiones no muy proporcionadas. Todo el exterior de la torre es muy brillante, y está pintado de colores verde, rojo y amarillo. En los intermedios de las ventanas hay nichos con imágenes, según el gusto de los chinos, y el interior está perfectamente alumbrado y perfumado. Las nueve bóvedas son de color verde, y las esquinas de las galerías salen considerablemente hacia fuera, colgando de cada una campanillas de metal sonoro que producen un sonido agradable cuando las columpia un viento suave, del mismo modo que según Tácito sonaban las del prodigioso templo de Memnon de Tebas en Egipto. Termina esta torre en una especie de pirámide maciza, y por consiguiente no se puede subir á ella sino por el exterior, y desde el globo en que remata descienden ocho cadenas aseguradas en los ocho ángulos salientes. La perspectiva que se presenta á la persona situada en la última galería debe ser admirable, porque no solo se vé toda la ciudad, sino todo el país alrededor hasta la otra parte del Kiang, y no es fácil ima-

ginar el grandioso espectáculo que ofrecerá una ciudad tan populosa, un territorio tan fértil y animado y un anchuroso río cubierto de naves que surcan en todas direcciones.

Este bellissimo edificio tiene de elevación 220 pies castellanos, y se le ha dado el nombre que le distingue por estar cubierto todo su exterior con porcelana de los chinos, muy superior á los azulejos de la Alhambra de Granada y de algunos edificios de Sevilla.

La incomunicabilidad de aquella caprichosa nación no permite afirmar á punto fijo el origen de aquella prodigiosa torre. Hay quien asegura que fue inventada para templo; pero lo reducido de sus estancias hacen inverosímil este aserto, por lo que parece mas creíble haber sido construida como monumento público de algun acontecimiento nacional. No falta tambien quien afirma que aquel edificio fue erigido en conmemoración de una victoria obtenida sobre los tártaros; pero tampoco es probable porque habiéndose apoderado aquellos del imperio en 1640 y arruinado la ciudad de Nanking, no hubieran dejado intacto un monumento elevado en memoria de su derrota; sentimiento noble que pocas veces anima á los conquistadores civilizados y casi nunca á los bárbaros.

8 de noviembre de 1840.

Segunda serie.—Tomo II.

ABD-EL-KADER.



ABD-EL-KADER, el célebre guerrero africano, que tanto ha dado que hacer á los conquistadores de Argel, pertenece á una familia antigua de los marabutos, que hace remontar su origen hasta los califas fatimitas: nació en Sidi-Macchidia, á las inmediaciones de Mascara: aquella población es una especie de seminario en el que los marabutos sus antepasados reunían á los jóvenes de aquellos contornos para instruirlos en las letras, la teología y la jurisprudencia. Hállase situada en el declive de una elevada montaña, y presenta un aspecto risueño y pintoresco, en el que todo predispone al estudio y á la contemplación.

Abd-el-Kader fue tan bien educado como un árabe puede serlo por su padre, que halló en él el poderoso auxiliar de una naturaleza inteligente y vigorosa. Era aun muy joven, y ningún pasaje del Alcorán le era difícil, antes bien, sus explicaciones escedían á las de los más hábiles comentadores. Se entregó también al estudio de la historia y de la elocuencia, y así es, que en el día es justamente reputado por el hombre de más talento en su país, ventaja inmensa entre los árabes. Conoce perfectamente no solo la historia de su país, sino la europea en aquellos puntos en que tiene algún contacto con la suya.

No descuidó tampoco los ejercicios corporales, y se le tiene generalmente por el mejor jinete de Berbería. Finalmente, á la edad de 25 años se hacía notable por todas aquellas excelentes cualidades que los hombres desean ver en aquellos que ponen á su frente.

Tiene en la actualidad 32 años, su talla es mediana, grueso de vientre, su fisonomía afable é imponente, sus ojos hermosos, su barba negra y poco poblada, sus dientes desiguales y con algunas manchas azules, sus manos hermosas y cuidadas con esmero: suele inclinarse un poco la cabeza hacia el hombro izquierdo: sus modales son afectuosos, y llenos de finura y dignidad: son muy raras las veces que se entrega á la cólera, y siempre sabe dominarse: todo su aspecto es muy seductor, y es difícil el tratarle sin cobrarle afecto.

Sin embargo de que su valor es grande, su espíritu es más organizador que militar; y aunque su alma goza de un temple bastante fuerte en circunstancias penosas, no por eso ha dejado de experimentar algunos momentos de abatimiento. Sus costumbres son puras y rígidas. No tiene más que una mujer, y la ama con ternura. Su familia se compone de una hija de nueve años, y un hijo de cinco. Cuando vivía en la ciudad de Mascara, antes de la entrada en ella de las tropas francesas, habitaba una hermosa casa, pero que no era el palacio; vivía sin guardias, y como un simple particular. Todos los días bastante temprano se dirigía al palacio ó beylik para entregarse á los negocios de la administración, y dar sus audiencias, y por las tardes regresaba á su casa para vivir como hombre privado.

Viste con la mayor sencillez: su traje es el árabe puro sin ninguna especie de adorno ni distintivo de autoridad: en lo único que suele desplegar algún lujo es en sus armas y caballos: durante algún tiempo tuvo un albornoz cuyos flecos eran de oro: pero como uno de sus

hermanos políticos á quien había nombrado Kaid, de una poderosa tribu, desplegó con este motivo un lujo que escitó contra sí la emulación, le hizo llamar, y después de haber reprendido su conducta, añadió: «toma ejemplo en mí: yo soy más rico y más poderoso que tú, y sin embargo mira con que sencillez visto; ni aun quiero conservar esos miserables flecos que ves en mi albornoz»: é inmediatamente los cortó. Desde entonces no ha llevado sobre sí ni el más mínimo hilacho de plata ú oro.

Abd-el-Kader consagra al estudio todos los momentos de ocio de que su vida agitada le permite disponer: posee una pequeña biblioteca que le acompaña en todas sus expediciones. Cuando se halla en campaña habita una magnífica tienda muy cómoda y lujosa, y sin embargo no se desdeña en contribuir con sus propias manos al trabajo de las fortificaciones. Hé aquí en lo que emplea el día cuando no le tiene destinado á operaciones militares: al llegar á su tienda después de la jornada, solo deja en su compañía un criado, y destina algunos momentos á la limpieza de su persona: en seguida llama á sus secretarios, y sucesivamente á los principales oficiales de sus tropas; despacha con ellos hasta las cuatro, y á esta hora sale á la puerta de su tienda; dirige la oración pública, y predica por espacio de media hora, cuidando de escoger un texto religioso que le conduzca naturalmente á poner en circulación las ideas que le conviene esparcir sobre la guerra y la política: pero no es una obligación el asistir á sus sermones. Pocos instantes después se sienta á la mesa, á la que le acompañan su secretario principal, Miloud Ben-Arach, su confidente íntimo, sus hermanos cuando se hallan en el ejército, y uno de sus agas: los manjares que le sirven son poco numerosos, pero buenos y preparados con esmero. No fuma ni toma tabaco, y hace muy poco uso del café.

Aunque tiene ideas de religión no las lleva hasta el fanatismo. No teme el entrar en cuestiones teológicas con los cristianos, y lo hace con política y sin acritud: es hombre de bien, y tiene principios de moralidad bastante razonables: cumple sus palabras con exactitud, aunque en la parte diplomática es fino y astuto. Gobierno á los árabes con dulzura y justicia: nada dista más de su carácter que la crueldad, y siempre que le ha sido posible se ha mostrado indulgente y generoso para con sus enemigos. Solo dos han sido condenados á muerte durante su administración, y eso fue después de juzgados; el Cadí de Arzew, y Sidi-el-Gomary cheik de Augand, que fue ahorcado en Mascara en agosto de 1835: aunque se dijo que había hecho ahogar á Sidi-el-Aribi, este jefe, que había sido legalmente condenado por traición, murió en su prisión del cólera morbo.

La conversación de Abd-el-Kader es animada y á veces brillante. Mr. Allegro, oficial de estado mayor del general Trezel, hallándose en conversación con el Emir pocos días antes del rompimiento de las hostilidades, le aconsejaba con destreza que desistiese de parte de sus pretensiones, con motivo del tratado de paz del general Desmichels, y trataba de probarle que no debía dejarse seducir por los halagos de la fortuna hasta el extremo de aspirar acaso á una cosa fuera de su alcance: «Allegro, le dijo el Emir, hace tres años que no era yo otra cosa que uno de los cuatro hijos de mi padre; cuando mataba á un enemigo en un combate me veía obligado á apoderarme de su caballo y de su equipo para aumentar mi fortuna. Ya ves lo que soy en el día, ¿y quieres que no confíe en mi poder?»

Abd-el-Kader solo aparenta envidiar á la Europa las perfecciones materiales, y se le dá bien poco de nuestra civilización: le agrada oír hablar de los actos de go-

hierno de Bonaparte, y lo que mas admira en él no son sus triunfos militares, sino el orden que al salir de un trastorno general supo establecer en sus estados.

En su vida privada es económico en demasía, pero como príncipe sabe gastar con oportunidad. Solo tiene algunas ideas inexactas sobre comercio y rentas.

CRITICA LITERARIA.



Historia de la civilización española desde la invasión de los árabes hasta la época presente (1), de la cual no han salido á luz

hasta ahora mas que los dos primeros tomos, es una obra umamente interesante, y que honra sobremanera á su laborioso autor. El Sr. D. Eugenio de Tapia, bien conocido por otras obras de suma importancia y utilidad, al acometer la de que hablamos, ha comprendido la necesidad que todos tenemos de hacer de la historia dos géneros de estudio, absolutamente distintos entre sí, por el diverso objeto que en cada uno de ellos nos debemos proponer. El primero, que hacemos comunmente en nuestra juventud apagados en la geografía y cronología, sin las cuales es casi inútil, pudieramos llamarle puramente *estudio*; puesto que tan solo nos sirve para adquirir el conocimiento de los sucesos notables que tuvieron lugar en diversos pueblos y naciones, la situación y descripción de estas, las diversas formas de su religión y gobierno, y las épocas en que se verificaron los trastornos sociales que han hecho cambiar la faz de esos mismos pueblos y naciones. Pero el estudio de la historia general no basta para llenar cumplidamente las condiciones que los verdaderos estudios nos imponen; ni la edad en que acostumbramos hacerle, sin toda la solidez y gran copia de ideas que para analizar y juzgar de los hechos se necesita, puede en manera alguna producir otros resultados que satisfacer una curiosidad desprovista de examen y criterio: de aquí los muchos errores de todas clases en que frecuentemente incurrimos, autorizándonos no pocas veces con ejemplos históricos mal aplicados: de aquí los errores morales, religiosos, políticos, militares, administrativos y económicos; porque no deteniéndose el comun de los lectores á examinar las causas de que producen las vicisitudes de las sociedades que nos precedieron, las confunden todas, hacen aplicaciones inexactas, y forjan sistemas ingeniosos sobre principios falsos, que necesariamente deben producir falsas consecuencias en la práctica.

Todos esos inconvenientes los salvan las historias parciales de cada uno de los elementos constituyentes de un gran pueblo; porque desentrañando aquellas mas detenida y minuciosamente que la general, las causas de prosperidad ó decadencia de una nacion determinada, aunque sin desentenderse de los vínculos que han debido estrechar sus relaciones con las demas, é influir por consiguiente en su destino próspero ó adverso, puede observarse en sus páginas con mas facilidad el enlace y

conexión de los hechos; examinarlos aislados ó colectivamente, y formar juicios mas acertados sobre los singulares fenómenos que presenta la historia de la especie humana.

Es verdad que hay hombres á quienes basta la lectura de la historia general de un pueblo, para abarcar rápidamente aquellos pormenores que constituyen el total de los acontecimientos que tiene á la vista, para formar desde luego un juicio acertado acerca de su verdadero origen y del encadenamiento de las diversas causas que han producido un efecto determinado; pero esos hombres son en corto número, y la mayor parte de los demas necesitamos que otro ingenio mas profundo y meditador ofrezca á nuestro entendimiento ése enlace oculto de los sucesos, para rectificar nuestro juicio, y mayor consistencia á nuestras opiniones, ya que no podemos pasar sin tener alguna, buena ó mala, acertada ó errónea.

A este grande y sublime objeto se han dirigido, en el presente siglo con especialidad, los esfuerzos de los filósofos. Entrando de lleno en la investigación de los elementos morales que con mayor fuerza han debido caracterizar los fenómenos históricos, comunes bajo cierto aspecto á todas las naciones civilizadas, han procurado romper esa unidad de caracter, deslindar los rasgos peculiares de cada pueblo, y por cuales medios han concurrido, como de consuno, á dar ese caracter general á los acontecimientos mas influyentes en las modificaciones que han experimentado las sociedades cultas. Semejante la historia á un edificio inmenso, cuyo conjunto sorprende y embelesa la imaginación, es natural que despues de haber recibido el ánimo sensación tan agradable, se recree en examinar uno por uno los cuerpos de que se componen las partes que le sirven de adorno, su simétrica correlación, y la concurrencia de todas á un pensamiento único, como único es tambien en la historia el punto á donde vienen á parar los varios acontecimientos que forman la unidad de su conjunto moral. Tarea tan grave y delicada se propuso desempeñar Mr. Guizot en sus lecciones sobre la *Historia general de la civilización europea*, bien conocidas de todos los amantes de las letras. Y aunque en ellas se descubre desde luego la profundidad del pensamiento y delicada crítica de tan recomendable escritor, parecemos sin embargo que el cuadro que trazó de los progresos de la civilización europea desde la irupción de los bárbaros del norte hasta la revolución francesa peca por diminuta en sus proporciones, atendida su cualidad de *historia general*, aun desentendiéndonos por otra parte del espíritu de nacionalidad que en ella domina, y que si bien es loable en sí mismo, perjudica en gran manera á la severidad y rectitud que debe reinar en investigaciones de tal cuantía que sobre ellas asientan los juicios definitivos de las cosas. Fuera de este inconveniente la obra de Mr. Guizot es digna de los elogios con que los sabios la han honrado.

Tal vez la habrá tenido presente el Sr. Tapia al escribir la que está dando á luz acerca de la civilización española; pero si bien el pensamiento es el mismo, aunque limitado á la historia de España, el plan es diferente, de mayor magnitud; y abrazando en su totalidad las épocas mas señaladas de los pasados siglos. Acaso se extiende alguna vez en la narración de los sucesos mas de lo que la necesidad exige: y acaso se abstiene mas de lo conveniente de aventurar su propio juicio en algunos casos, dejando á los hechos que hablen por sí mismos. Esta conducta loable bajo muchos aspectos, y no pocas veces útil en ciertas ocasiones, que revela por otra

(1) Se vende en las librerías de Cuesta, Perez y Rios.

parte la cordura del escritor, adolece del inconveniente de quedar los hechos á merced de erradas interpretaciones; porque desgraciadamente no es muy crecido el número de los que puedan formar juicio acertado de las cosas. No sería difícil señalar multitud de opiniones equivocadas que precisamente, como ya hemos dicho, tienen su cimiento en hechos históricos malamente examinados.

A la erudicion y sana critica con que está escrita la obra del Sr. Tapia reúne la circunstancia de salir acompañada de varios documentos interesantes, así por lo poco conocidos, como por la mayor ilustracion y claridad que de ellos reciben algunos puntos todavía no bien dilucidados de nuestra antigua historia.

No podemos menos de elogiar el acierto del Sr. Tapia en elegir como punto de partida de su obra la época en que los árabes se apoderaron de la mayor parte de nuestra península; porque realmente entonces comenzó á clarear en el horizonte español la aurora de su civilizacion y cultura. Los siglos anteriores, partícipes de la rudeza goda y sumidos en la ignorancia que tan de cerca siguió á la decadencia del imperio; mezcla confusa de leyes, de costumbres de lenguaje, sin unidad ni espíritu nacional, mal podía presentar España bajo todos los caracteres de sociedad naciente ninguno de aquellos rasgos originales, expresivos, que desde luego anuncian la existencia de una civilizacion progresiva, que no llegó á conocer el imperio godo. Pero durante la dominacion árabe sucedió todo lo contrario. La sociedad española crecía, se ilustraba; y si bien en siglos mas cercanos á nosotros hemos visto á veces suspendido el curso progresivo de su civilizacion, tampoco podremos olvidar las páginas gloriosas de su historia entre nosotros, reproducidas en las obras de los insignes escritores del siglo de oro de nuestra literatura.

Felicitemos al Sr. Tapia, y nos felicitamos á nosotros mismos, por ver salir á luz una obra de grave empeño y profunda meditacion, en tiempos como los presentes, de suyo ligeros y frívolos, en que solamente se apetecen ligeros halagos á la fantasía, sensaciones fuertes pero fugaces, y nada de hacer trabajar al entendimiento con mengua del deleite.

GARCÍ-LASO DE LA VEGA.

Episodio histórico del siglo décimo cuarto.

I.

LA EPOCA.



El siglo había transcurrido del décimo cuarto, y ya las esperanzas que el rey Don Alfonso había hecho concebir de una paz durable en sus estados, acababan de desvanecerse delante de los muros de Gibraltar. Su muerte, que abrió el camino del trono á D. Pedro su hijo, fue para la España una verdadera calamidad, y tal vez el nombre del nuevo rey se repitiera hoy con aplauso, si las turbulencias, reprimidas tantas veces por su antecesor,

de los grandes señores de aquel tiempo, no le hubieran obligado á las demasías que de él se cuentan, y que le han conquistado para la historia el renombre de Cruel.

Había ya perecido degollada en Talavera doña Leonor de Guzman, madre de los bastardos D. Tello, D. Fadrique y el conde de Trastámara, que mas tarde debía alcanzar la real diadema por medio de un fratricidio, y el impetuoso D. Pedro, que á pesar de su poca edad había aprendido á conocer á los grandes del reino, con mas acierto que el rey su padre en sus gloriosas expediciones contra los moros, había resuelto partir desde Sevilla á la ciudad de Burgos, con el fin de tantear las dificultades y embarazos, que por parte de los que seguían el bando de sus enemigos hermanos tendría que sufrir, y resuelto también á esterminarlos con un simple amago de su voluntad.

Entre los hombres que el insaciable D. Juan Alfonso de Alburquerque, favorito de D. Pedro, único magnate, á quien este nunca pudo sondear, había determinado sacrificar á su venganza ó ambicion, era el principal Garcí-Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla, que en Burgos moraba tranquilo, y sin mezclarse en las parcialidades que los bastardos por un lado, y la reina viuda doña María con los allegados á la casa de Lara por otro, sostenían con perseverancia y secreto. Pero al mismo tiempo era el caballero á quien con mas ojeriza miraba el joven rey, entre cuantos en Castilla creía que le dañaban, porque el de Alburquerque le había indisputado en su ánimo, bajo pretexto de que las compañías que el adelantado tenía reunidas en Burgos y sus inmediaciones estaban destinadas á talar la tierra, y á hacer traicion á D. Pedro, sosteniendo las pretensiones del conde D. Enrique.

Garcí-Laso estaba muy lejos de merecer aquella ojeriza, y la historia ha cuidado de restablecer la buena fama y nombre que le usurpó en tiempos aciagos su desastrosa muerte.

II.

EL ESCAPULARIO.

Dos personas, un hombre y una mujer, se entretenían con sabrosa plática, sentados en cómodos sillones, en un rico estrado de una casa principal de la ciudad de Burgos. Hablaban de la próxima llegada del rey.

— «¿Cuándo debe entrar? preguntó la dama.

— «Mañana sin falta, dijo el caballero; y por Dios que me place, pues su presencia disipará la negra tempestad que empieza á amenazar á Castilla.

— «¿Teméis nuevos peligros?

— «Ciertamente, Leonor, no creo que hayan pasado los que puede traernos la muerte de la de Guzman: los bastardos son poderosos señores, y me parece que aun tenemos mucho que ver.

— «Pero tú no debes inquietarte....

— «De ningún modo; mi conciencia y mis manos están inocentes de la sangre que se ha derramado: el autor de todo es el señor de Cea y de Alburquerque.

— «¿Y qué! ¿No hay quién desengañe al rey?

— «¿Desengañarle! Esa sería empresa temeraria.

— «Pues yo....

— «¿Tú, Leonor! Dios me libre de semejante calamidad. ¿Sabes quién es el rey? ¿Le has visto alguna vez?

— «Sí, en Sevilla: hace dos años que le ví.... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué pierdes el color....

— «¿Reparó en ti?

— «Era cerca del anochecer. Yo iba con mi madre

por las encantadas orillas del Guadalquivir, cuando noté que dos caballeros nos seguían: retirámonos al momento, y aquellos hombres no desistieron de su empeño; siguiéronnos también hasta el portal de casa.... Mi madre los conoció: el uno era D. García Maorique, y el otro Don Pedro de Castilla.»

El caballero no pudo permanecer mas tiempo sentado, y empezó á pasearse agitado por el salón. Al mismo tiempo entró un criado y le dijo, que á la puerta esperaba sus órdenes un escudero de la reina doña María. Sorprendióse al pronto, y dirigiendo una mirada de sobresalto por la habitación, mandó que entrase el escudero.

— «¿Qué misterios son estos? dijo la dama. Estoy impaciente por saber....»

— «Nada temas, Leonor; debe de ser algun mensaje que la reina me enviará desde Celada; pronto saldremos de cuidado.»

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando entró el escudero, el cual, desabrochándose el vestido, metió la mano en el pecho, y despues de mirar á todas partes, sacó de él un escapulario, y lo puso en las manos del caballero. Examinóle este con cuidado por ambos lados, y al fin se fijó en el que tenia pintada una imagen de nuestra Señora del monte Carmelo, leyó algunas palabras que en él estaban escritas, y poniendo el escapulario en el sillón, dijo al escudero sonriéndose:

— «Puedes decir á quien te envia que estimo el aviso, pero que el dármele es tiempo perdido, porque nada hay que pueda torcer mi lealtad.»

— «Tengo encargo de decirlo, replicó aquel, que el leon está ya dentro de Burgos.»

— «¿El leon! ¡Ah! no me acordaba; así es como le llaman los traidores. Buen escudero, tú quieres decirme que el rey llegará á Burgos mañana.»

— «Mañana no me podréis decir otro tanto. Don Pedro ha entrado en la ciudad hace media hora.»

— «¿Sin avisarme! exclamó el caballero, dejándose caer anonadado en el sillón: ¡Leonor! ¡esposa mia! ¡Pérfido Alburquerque!»

Retiróse el escudero, y doña Leonor se apoderó del escapulario. En él estaba escrito lo siguiente:

«Si mañana domingo se presenta al rey Garci-Laso de la Vega, será muerto por su mandato.»

Un ay! fué lo único que pudo articular aquella dama, y cayó al suelo sin sentido.

III.

EL ENCUENTRO.

Grandes preparativos habia hecho la ciudad de Burgos para celebrar la entrada del monarca de Castilla. Corrieronse aquel día cañas y sortijas; lidiaron los caballeros soberbios toros, y el rey Don Pedro aplaudió desde el balcón la destreza con que el valiente Garci-Laso su adelantado mayor oscurecía á los mas intrépidos justadores. Pasóse el día en fiestas y regocijos, y llegó la noche, alegre también y bulliciosa para todos los que miraban asegurada la tranquilidad general con la fuga de Don Enrique de Trastámara á Galicia, seguido de la mayor parte de sus parciales; noticia que recibió Don Pedro al mismo tiempo que entraba en la ciudad. La reina doña María no pudo ocultar su conmoción al oír aquella nueva, y dijo al rey: «ahora reinaréis en paz». Miróla Don Pedro con encarnizados ojos, y respondió estas notables palabras: «Si el bastardo ha librado su carne de mis garras, ha dejado por Castilla bastantes

huesos en que cebarme.» ¿No me apellidan el leon de España? Pues, vive Dios, que yo haré que no mientan.»

La reina madre se retiró silenciosa; pero ayudada de los allegados que sus dádivas le habian proporcionado al rededor de su hijo, logró saber poco despues, que el Zurdo, capitán de los ballesteros, habia recibido orden de prevenir su gente para el siguiente día, y que se habia pronunciado el nombre de Garci-Laso en la cámara del rey. Doña María sospechó la verdad, y envió al adelantado el escapulario que ocasionó el accidente de su esposa doña Leonor.

Garci-Laso no se dejó abatir por tan inesperado golpe. Conoció que algo habia que temer en los primeros momentos; pero ignoraba que un simple recelo en el ánimo de Don Pedro equivalia á una sentencia de muerte. Hallábase inocente de toda trama; confiaba ademas en el afecto que el rey le habia demostrado en Sevilla, y no dudaba burlar las tramas de su enemigo Alburquerque, por mucho que este le hubiese perjudicado en el ánimo de aquel. En vano doña Leonor deshecha en lágrimas quiso persuadirle á que se escondiese; en vano le instó desesperada á que tomase la fuga.—No, dijo el buen caballero abrazándola; entonces mereceria con justicia el nombre de traidor y de desleal, que nadie, ni el rey, puede hoy echarme en cara.—Y vistiéndose sus mas lucidas galas, montó un arrogante corcel, y corrió á la plaza, en donde su destreza y habilidad le ganaron universales aplausos.

Al volver á su casa dijo á doña Leonor:—«Esposa mia, todo vá bien; el rey me ha victoreado, y hé aquí un billete de su puño, en que me pide vaya mañana á palacio para hacerme merced.»

— «Mañana es domingo, repuso doña Leonor.

— «Es verdad; pero no hay otro día, pues Don Pedro se marchará el lunes temprano. ¿Crees pues que me matará?»

— «Mi corazón solo recela desgracias desde que recibiste el fatal escapulario.

— «Sosiégate; estas letras deben tranquilizarnos: para haceros merced.»

Concluido este corto diálogo, embozóse en su ancha capa, y salió á recorrer la ciudad, de cuyo sosiego estaba encargado.

Las doce serian de la noche cuando pasando el adelantado por delante de su casa, reparó que dos bultos cruzaban la calle y desaparecían en la oscuridad. Siguiólos con sigilo, y vió que dando vuelta á la primera esquina se detuvieron: bízolo él también y oyó su conversacion.

— «Hermosa es la doña Leonor como una perla, dijo el uno fingiendo la voz.

— «Esa es una de vuestras muchas locuras, le contestó el otro: es preciso que abandoneis esta aventura.

— «¿Abandonarla! Ni por pienso: eso será cuando haya conseguido mi gusto, antes no. ¿Habeis reparado con qué orgullo nos ha dado con la ventana en los hocicos?»

— «Eso prueba que habeis perdido el juego.

— «Eso prueba que necesito enviar mas fuerte, y si es preciso echar el resto: por lo demas estoy seguro de ganar la partida, porque doña Leonor al fin es mujer, y las mujeres se resisten, pero al fin ceden temprano ó tarde.»

A este tiempo vió Garci-Laso que otro hombre se acercó á los dos interlocutores: estos hicieron ademán de dejarle la acera, y aquel les dijo:

— «Caballeros, si lo sois, retiraos á descansar, que es tarde; y si nó, retiraos también, que el rey Don Pedro está en Burgos, y en su nombre os lo requiero.

— «Hacedos vos de largo, seor corchete, dijo el que

antes había hablado el último, y decid al rey Don Pedro de mi parte que venga á echarme de aquí.

— «¡Cómo! ¡Traidores! replicó el corchete; y gritando *favor á la justicia*, arremetió espada en mano con los dos rondadores. Tiraron estos de las espadas, y poco tardó en conocer el hombre de la justicia que se las había con diestros espadachines, pues tanto le acosaron, que tuvo por prudente irse retirando poco á poco, y defendiéndose de las furiosas estocadas que á oscuras le dirigían.

— «Matémosle por si nos ha conocido, dijo el uno.

— «Nada de eso, repuso el compañero; él cumple con su deber.»

La suerte del combate se cambió repentinamente, porque apareciendo Garci-Laso al lado del partido mas débil, acometió con furia á los del otro, diciéndoles: daos á prision, miserables, ó por Cristo, que os pase á estocadas. Y tantas les tiró, que hubieron de ponerse á la defensiva.

— «Garci-Laso es, gritó uno de ellos.

— «Sí, dijo este, Garci-Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla: en nombre del rey os intimo que os estéis quedos, si no quereis morir.

— «Quedos estamos, buen caballero, repuso el mismo: ahí está mi acero, que no os entregaré, pero que pongo en el suelo, como en prenda de paz. Avanzad ahora y reconocedme; pero decid á ese hombre que se retire algunos pasos, porque me importa que solo vos me veáis.»

Hízolo así Garci-Laso; adelantóse hácia el desconocido; sacó de debajo de la capa una linterna sorda que siempre llevaba de noche, y retrocedió exclamando:

— «¡El rey!!

— «No; el leon», replicó este: y cogiendo su espada, se metió por una callejuela inmediata. El que le acompañaba le siguió en silencio.

Garci-Laso se retiró pensativo, mas apenas entró en su casa, salióle al encuentro doña Leonor pálida y llena de zozobra.

— «¿Le has dicho que eres mi esposa? la preguntó el adelantado; y se conocía que de la respuesta que esperaba dependía la decision de su suerte.

— «¿Qué me preguntas? ¿A quién has encontrado?

— «A Don Pedro de Castilla.

— «¿Al rey!

— «Sí, al rey; al mismo que te siguió en Sevilla; al mismo á quien no hace una hora has cerrado la ventana.

— «¿Dios mio! ¿Era él!

— «Sí, él, él: pronto, pronto. ¿Qué te ha dicho?

— «Que me ama.....

— «¿Y tú?.....

— «¿Yo!..... ¿Y me lo preguntas? Le he declarado que estoy casada, y que es vana su pretension.

— «¿Me has nombrado?

— «Ha insistido en su propósito, y le he vuelto las espaldas sin responderle.

— «¡Ah! Ven á mis brazos: me has salvado la vida.»

IV.

EL REY Y EL LEON.

El día siguiente almorzaba lleno de alegría el rey Don Pedro en el *Sarmental*, nombre que se daba al palacio del obispo, en el cual se había aposentado. Rodeábanle varios señores de su corte, el principal de los cuales, Don Juan Alfonso de Alburquerque, distraía su atención, narrándole las diferentes prisiones que aquel día se

habían hecho en la ciudad, señaladamente la de tres vecinos de Burgos, tenidos por del partido del conde de Trastámara, cuando le anunciaron la llegada del adelantado mayor, que con sus cuñados Ruy Gonzalez de Castañeda, y Pero Ruiz Carrillo esperaba en la antecámara de su alteza. Al mismo tiempo entró en la cámara del rey la reina doña María.

— «Madre mia, y señora, la dijo D. Pedro, sin moverse de su sitio, espero que ya estaréis contenta conmigo, pues empiezo á gobernar el reino con arreglo á vuestros consejos: pronto vereis que aspiro á merecer el nombre de *justiciero*. Que entre el adelantado, añadió, dirigiéndose á un escudero.

La reina entonces le miró de pies á cabeza, y le respondió con desdeñosa sonrisa:

— «Ya veo, hijo mio, que empezáis á crecer el dictado de *Cruel*.»

Y sin detenerse mas, salió del aposento, acompañándola Don Vasco, obispo de Palencia, su chanciller mayor.

Entró Garci-Laso, y parándose á pocos pasos de la mesa del rey, se descubrió, y le hizo acatamiento. Don Pedro hizo una seña con la mano, y todos los caballeros, menos el de Alburquerque, se fueron de la sala: en seguida, clavando los ojos en el adelantado, le dijo:

— «No estabais la noche pasada tan humilde como en este momento.

— «La noche pasada, respondió Garci-Laso, no me ha visto vuestra alteza.

— «Alburquerque, mirad lo que dice: vos me acompañabais, y tuve que descubrirme á él para que no me matase.

— «Afirmo, Señor, que no he visto á vuestra alteza, cuando vuestra alteza dice. No ha habido en Burgos mas novedad en toda la noche, que el haber tropezado yo con un mozo que hacia resistencia á la justicia, pero he olvidado su nombre.

— «Sin embargo, el mozo se acuerda muy bien de que obrásteis como un leal servidor del rey Don Pedro. Por eso os hace merced de veinte cuentos de maravedís.

— «Señor, tan alta recompensa....

— «Esto por lo de anoche, como rey: como leon, os debo otro premio mayor.

— «Vuestra alteza puede disponer de mi vida y hacienda.

— «Decidme ahora, señor adelantado, ¿á qué servicio destináis las compañías que habeis reunido en Burgos, en S. Esteban y en Celada?

— «Al de vuestra alteza.

— «Mirad que no me engaños.

— «Si hay quien lo contrario diga, desde ahora afirmo que es un impostor y un infame. Las compañías son de vuestra alteza al momento que quiera disponer de ellas.

— «Ya pienso hacerlo. Entre tanto *id con Dios*, buen Garci-Laso, ya que sois tan leal servidor, como valiente vasallo.»

Garci-Laso besó las manos al rey, y salió; pero en la antecámara halló al alcalde Domingo de Salamanca, que con cuatro escuderos le esperaba. Las puertas del aposento permanecían abiertas, y el de Alburquerque gritó al alcalde:

— «Bien sabéis lo que tenedes de hacer.»

Este detuvo á Garci-Laso, que empezó á creer la terrible verdad; acercóse despues á la cámara, y dijo al rey.

— «Señor, vos mandad eso; *cá yo non lo diria*.» Y el rey furioso se levantó, y todos le oyeron gritar: «*Baldesteros, prended á Garci-Laso*.»

Prendiéronle en efecto, y le maniataron con crueldad,

sin que pudiese oponer la menor resistencia, puesto que ninguna arma llevaba; pero su serenidad no le abandonó un instante, y viendo á su amigo Ruy Fernandez de Escobar, que casualmente entraba en aquel momento, le rogó que contase á su esposa doña Leonor y á sus hermanos el triste caso en que se hallaba, y que les digese que moria por bueno.

El rey se volvió á sentar á la mesa, y Garci-Laso le dijo: mándeme dar vuestra alteza un clérigo con quien me confiese. D. Pedro miró á Alburquerque, y este ordenó que se llamase á un confesor.

Ruy Fernandez de Escobar avisó lo que sucedía á doña Leonor, cuyos hermanos buyeron sin perder tiempo, librando así sus cabezas del furor del rey; pero ella corrió á palacio resuelta á perecer ó á salvar á su esposo.

En el mismo instante que ponía el pie en la antecámara, resonó en su corazón la tremenda voz de D. Pedro, que dijo al ballestero Juan Ruiz: *Matad á Garci-Laso de la Vega*. Sus fuerzas la abandonaron, y solo tuvo lugar de ver que los ballesteros descargaron sus ferreadas mazas sobre la cabeza de su infeliz esposo. El dolor la mató.

Vióla D. Pedro desde su sitial, y creyéndola desmayada, dijo á Alburquerque: Ya lo veis: he ganado la partida; pero si no socorreis á doña Leonor, no se atreverá á llegar hasta mí. Y viendo á la reina que estaba llena de inquietud por la suerte del adelantado, procuró sosegarla, diciendo:

— «No os asustéis, señora; no es gran cosa: uno de los huesos que en Castilla me han dejado los bastardos.»

Arrojaron á la calle el cuerpo de Garci-Laso, y el rey D. Pedro siguió almorzando con la mayor tranquilidad.

Aquel día obsequió á su monarca la ciudad de Burgos con una famosa corrida de toros.

J. M. DE ANDUEZA.

ANIBAL [1].

ESTE fue el hombre extraordinario que logró ser temido de las cohortes de Roma como á su mas poderoso enemigo: este el cartaginés que los mallorquinos tuvieron por paisano hasta que la pluma del distinguido académico D. Miguel Salvá manifestando cual era su verdadera patria, corrigió la doctrina de Plinio, que apoyada por personas de mas crédito que verdadera crítica, había sido esparcida otra vez por uno de los parasitos de nuestra literatura. Anibal, este coloso de los héroes que ha llenado al mundo de su fama, nació en Cartago y no en la isla Conejera. Floro, lib. 2, cap. 6, y el historiador Megalopolitano, lib. 3, cap. 11, dicen que contaba 6 años cuando vino á España, y que aquí fue educado, y llegó á ser hombre culto y de conocida ilustracion. Nepote le hace

discípulo de griego de Solino Lacedemonio, y aprovechó tanto en aquel idioma, que á mas de escribir en él la historia del Proconsulado de Gneo Manlio en Asia, según Voss., de hist. graec., lib. 4, cap. 13, elevó en Italia un monumento á Juno Lacinia con una inscripcion púnica y griega que, como escribe Livio, lib. 28, cap. 46, contenia la historia de sus hechos. Pero sus hazañas belicosas fue lo que mas contribuyó á inmortalizar su nombre. Jura á su padre Amilcar, gobernador de las islas Baleares, un encono eterno contra Roma: une las fatigas de soldado á los estudios de general, y llega á ser un excelente militar aun antes de los 15 años. Habia cumplido la edad de 26, cuando á los 219 antes de J. C. se le confia el mando del ejército que sus paisanos los cartagineses habian reunido para vengar los ultrajes de los romanos, y tomando á estos la ciudad aliada de Sagunto, en cuya jornada sirvieron con valor los isleños baleares, según Escolano, recoge en una serie de acciones los mas gloriosos laureles.

Dudamos si los 8500 fundibularios mallorquines, que, según Florian, tan temibles se hicieron por la destreza con que arrojaban los glands, pasaron ya con Anibal á Italia, ó si se incorporaron despues á su ejército; pero lo que es cierto, que atravesando con ellos el Rodano se avanzó en 10 dias hasta el pie de los Alpes, causándole el peligroso tránsito por estas montañas las mas penosas fatigas, pues los hielos, nieves, peñascos y precipicios parece que se habian agolpado á la vez para impedir su paso. Los bibliógrafos franceses, de donde hemos sacado esta especie, dicen que despues de 14 dias de viajar por montes y por valles entró en el llano, donde tuvo el disgusto de ver que su numeroso ejército de 60.000 hombres se habia reducido á 26.000. Anibal, á pesar de tan considerables pérdidas tomó á Turin, destruyó las cohortes de Cornelio Scipion, que encontró acampadas al borde del Tesino, y poco despues dispersó las de Sempronio, no muy lejos de la ribera de Trevie. Esta memorable batalla dió un golpe fatal á los vencidos, y los vencedores, estrujados del frio mas vigoroso, no tuvieron la satisfaccion de recibir con gusto los timbres que recogieron en una victoria que tanta gloria habia de atraer á Cartago. Hasta 217 no logró el general Anibal vencer á Noyo Flaminio que quedó muerto con 15.000 romanos junto al lago de Trasimenes, y de los 6000 prisioneros que hizo en aquella ocasion, únicamente dió libertad á los latinos.

Aligida la república con tantas pérdidas, creyó que el modo de repararlas algun tanto era elegir dictador á Q. Fabio Máximo, capitan valeroso que desde un principio solo se ocupó en observar los movimientos de Anibal, ocultarle los suyos, y fatigarle por medio de repetidas marchas. Esta conducta de Máximo, y el no haber querido esponerse á un combate desventajoso, le hizo poco recomendable entre los romanos; así es que la autoridad y el mando se dividió despues entre él y Minucio Felix. Terminado el tiempo de la dictadura entraron á reemplazar á estos últimos Terencio Varro y Paulo Emilio, que fueron vencidos en el año 216 en la batalla de Cannes, á costa de 5630 caballos de Anibal que perecieron en este combate. El general cartaginés, en vez de pasar á Roma para aprovecharse de las riquezas que le proporcionaron sus victorias, quiso hacer aquel invierno en Cápua; pero las delicias de esta ciudad fueron, según Tito Livio, tan dañosas á sus soldados, como útiles habian sido sus armas para sembrar el terror y el luto entre los romanos. Tal es el modo de pensar de Livio y de otros historiadores mas moralistas que políticos, que en nada coinciden con la opinion del célebre Condillac, pues según este sabi-

(1) El autor de este artículo es nuestro colaborador y amigo Don Joaquín Maria Bover, de la Academia de la historia; y el retrato que lo acompaña se ha sacado del tomo 3.º del *Tesoro de antigüedades griegas* de Jacobo Gronovio, y se ha cotejado con el que existe en el salon de sesiones del Ayuntamiento de Palma entre los de los mallorquines ilustres en virtud, letras y armas.

filósofo, es falso que los placeres de Cápua afeminasen é hiciesen perder la disciplina de los soldados de Anibal. Sin salir este de Italia se mantiene 14 años, tomando ciudades y ganando victorias; pero Roma, que de cada día hacia mayores esfuerzos, levanta en un año 18 legiones, y llega á tiempo de poder causar al ejército de Cartago una decadencia notable, como así lo quiere Polivio. Mas Anibal era valiente, y la disminucion de sus tropas no fue parte á contener el proyecto de poner sitio á la capital del mundo, aunque lo hubo de levantar en 211 á causa de las lluvias, hielos y vientos, sin haber podido saludar los muros de Roma. El cónsul Marcelo viene en seguida á batirse con él en tres distintos combates que hicieron retirar á Anibal, mientras que Asdrubal su hermano se dirigia á Roma para socorrerle, encontrando no muy lejos á Claudio Neron que destruyó su ejército, y le dió muerte en batalla. Neron entró otra vez en su campo, y cojiendo la cabeza ensangrentada de Asdrubal, mandó ponerla á la entrada del de Anibal. La pérdida de un hermano, que tanto amaba por sus virtudes, no pudo menos de consternarle, y le obligó á pasar á Africa para llorar su muerte y para salvar á Cartago, que apretada por todas partes sentia interiormente los efectos de una guerra tan ruinosa. Entonces hubo una entrevista entre Anibal y Scipion, y no habiendo querido este entrar en negociaciones sin que antes el Senado de Cartago hubiese hecho las reparaciones al de Roma, no asintió á lo propuesto por el cartaginés, sino que viniendo á batalla en el año de 202 la perdió Anibal no lejos de Zama con muerte de 40.000 soldados de su cohorte. Esta funesta jornada movió á los cartagineses á procurar la pacificación de su patria por medio de tratados con Roma, y

Anibal, avergonzado de ser testigo del oprobio de la inclita Cartago, se refugió al palacio de Antíoco, rey de Siria, y diciendo: «libremos á los romanos del terror que les inspiro», tomó un tósigo que le quitó la vida á los 64 años en el de 183 antes de J. C. Polivio Megalopolitano dice que estuvo casado con Imilce, dama española, natural de Castulo.

Tito Livio representa á Anibal con una crueldad inhumana, con una perfidia mas que cartaginesa, sin religion, y sin respeto á la santidad del juramento. Disimulando nosotros lo que podía quedarle del carácter y vicio de su nacion, creemos que los hechos atribuidos á Anibal por el historiador latino son precisamente apócrifos como nacidos del encono que contra él llevan los romanos. Un valor mezclado con la sabiduría, una firmeza que nada la turbaba, un perfecto conocimiento de la ciencia militar, una escrupulosa atencion para observarlo todo, una actividad sin igual, han hecho creer indudablemente que Anibal fué el mejor de los generales que ha tenido el mundo. Cultivó las letras en medio del tumulto de las armas. Son muchos los escritores que, objetándole no haber llevado su ejército victorioso despues de la batalla de Cannas, repiten lo que en aquella ocasion le dijo Maharbal, capitán cartaginés: «Anibal, vos sabeis vencer, y no sabeis aprovecharos de la victoria. Otro autor mas juicioso dice que Maharbal no tuvo motivo para pronunciarse con tanta ligereza contra general tan benemérito.

JOAQUIN MARÍA BOVER.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN

Ayuntamiento de Madrid

de su
antigu
valent
pecto
Jovell
siglo
curios
tecimi
tecto
me II,
y emp
pues u
gida a
real d
del au
to de
en ella
no muy
celente
plaza d
corresp
Segu